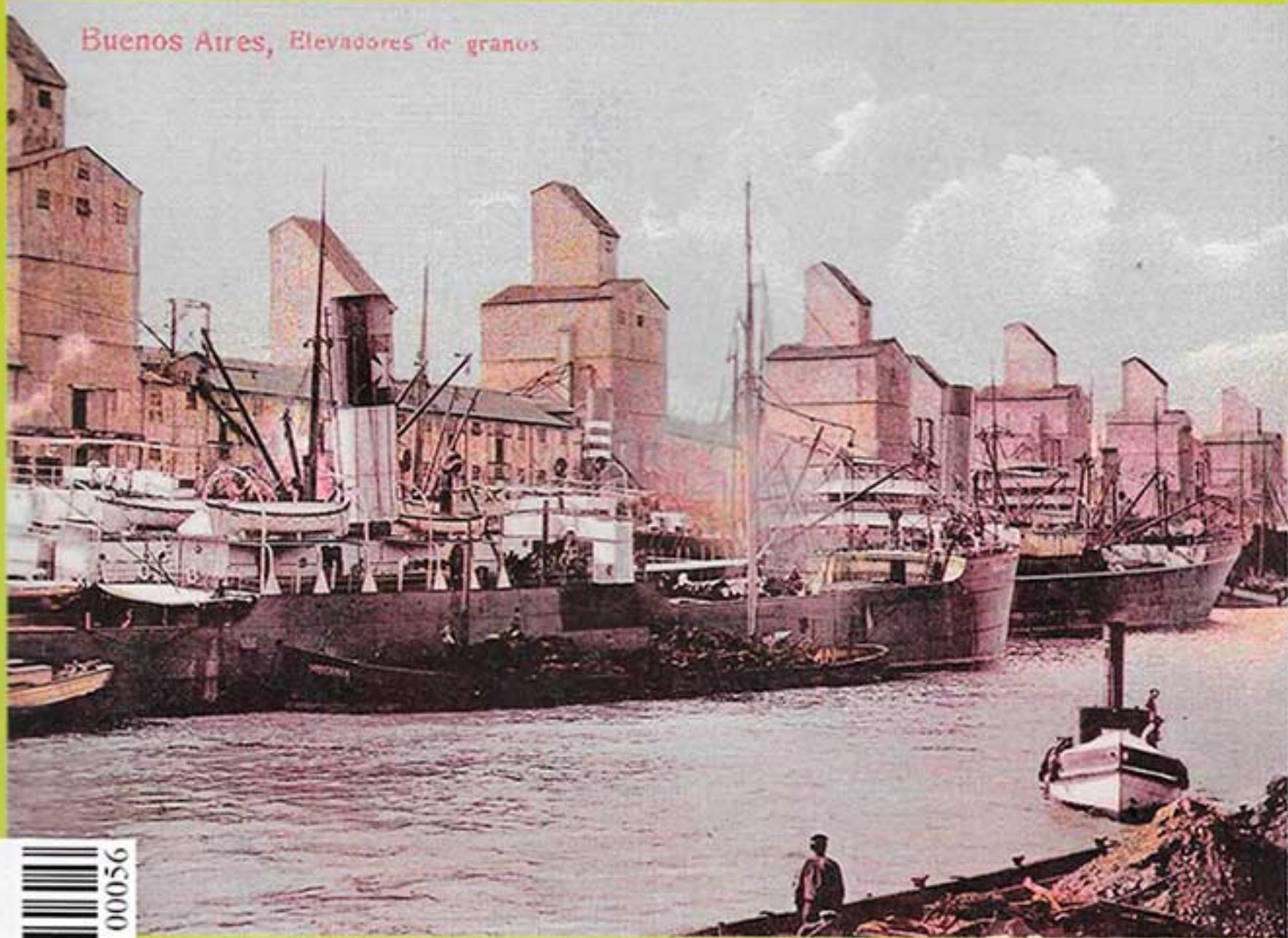


NUEVA ÉPOCA

HISTORIAS DE LA CIUDAD

Una revista de Buenos Aires

Buenos Aires, Elevadores de granos



Año XII - N° 56 - julio 2011 - \$ 22,-



00056

ISSN: 1514-8793



9 771514 879000

En esta edición: El Maldonado: un arroyo con historia / El puerto de Buenos Aires recibe una visita real / Club Banco Ciudad de Buenos Aires en Vicente López / Una odisea continental: las piernas de Cuauhtémoc que perdieron los pies en Tula (México) y llegaron a la Recoleta / Ciudad de Buenos Aires, barrio de Colegiales, "La Calabria" / El despertar cuyano. El Cantonismo / Villa Ortúzar y su origen hispánico / Jorge Newbery: aviador, deportista y defensor del rol del Estado / Equipamiento de las fuerzas militares de Buenos Aires durante el Virreinato

Una odisea continental: las piernas de Chauhtémoc que perdieron los pies en Tula (México) y llegaron a la Recoleta

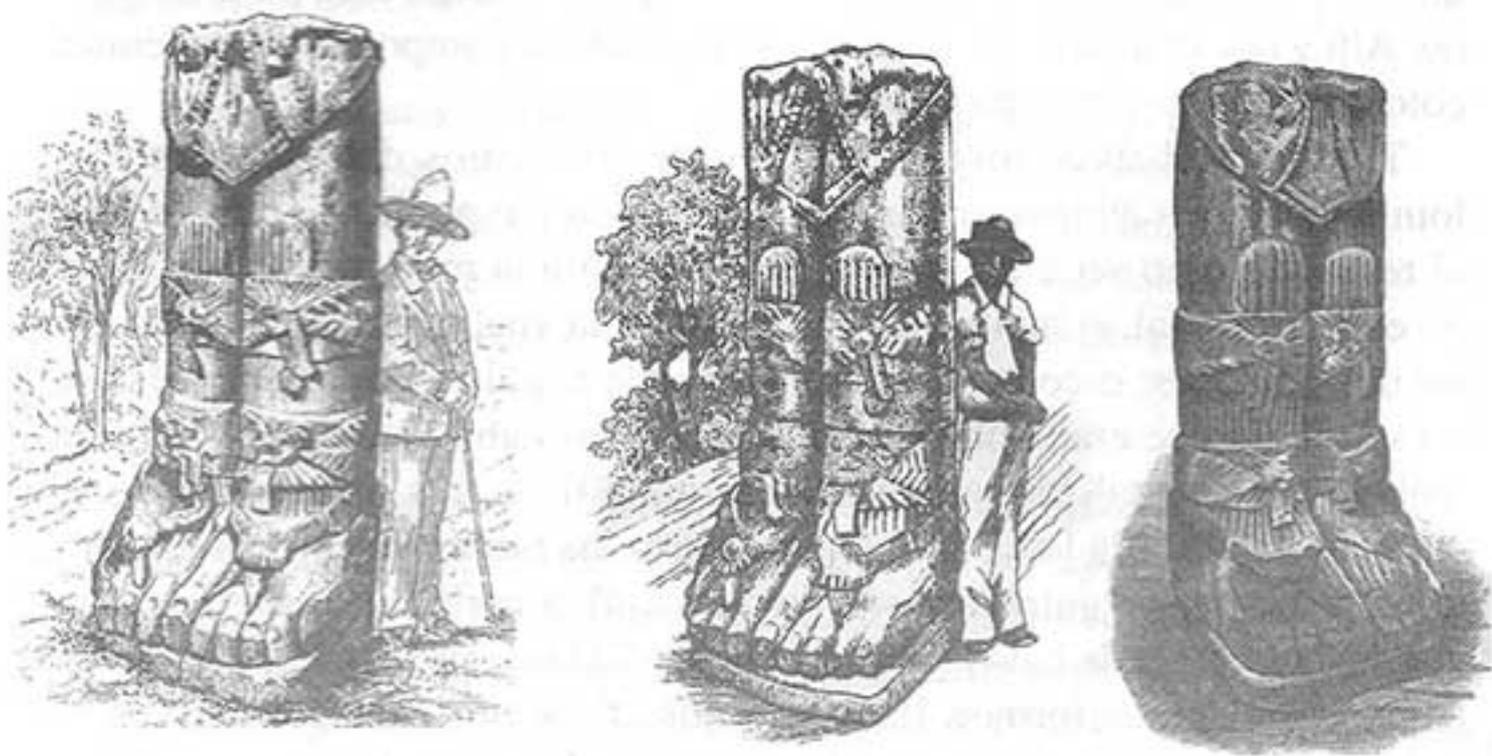
Daniel Schávelzon

En la entrada de nuestro mayor cementerio, la Recoleta, elegante y aristocrático desde su fundación por los monjes de ese nombre, hay una extraña tumba cuyo mausoleo pocos comprenden, propiedad de la familia Aldao-Ure. Si bien su estilo es Art Decó y debe haber sido hecha hacia 1920, su arquitectura no se encuadra en nada de lo existente en el país. Porque su origen está lejos, en México y en el siglo XIX. La historia resulta más que insólita y va desde Tula (Hidalgo, México) y capital del imperio tolteca, al Paseo de la Reforma, la gran avenida del siglo XIX de la ciudad de México.

El inicio de toda la historia fue un fragmento de escultura que hoy sabemos que son las piernas de uno de los conocidos atlantes de Tula, escultura monumental en piedra de uno de esos guerreros. Cuando fue descubierta estaba allí desde hacía siglos y era vista por los lugareños y viajeros. Entre ellos, y creo que los primeros en estudiarlas, fueron los miembros de una comisión enviada en 1873 por la Sociedad de Geografía e Historia de México a cargo del ingeniero-arquitecto Antonio García Cubas (1832-1912). Más tarde el famoso viajero francés –y fotógrafo inicial por afición– Desire Charnay (1828-1915) las vería en detalle publicándolo en 1884; lo mismo haría Alfredo Chavero (1841-1906) en 1880 para Vicente Riva Palacio –quien había mandado a hacer el monumento a Cuauhtémoc poco antes–, todos vieron la escultura seriamente como un resto antiguo importante.

Pasó un tiempo y esas piernas sin cuerpo comenzaron un lento proceso de estilización en los dibujos de los libros, le fueron desapareciendo los pies tomando forma de dos columnas unidas y los adornos de los huarches pasaron a ser molduras y capiteles. Y todo se transformó en algo que le venía muy bien a la arquitectura de la época que buscaba ávidamente elementos del pasado para su nuevo estilo Neoprehispánico: una manera de ornamentar que tomaba elementos indígenas sin preocuparse mucho por su cronología, origen o función. Así que después que lo publicara Hubert Howe Bancroft (1832-1918) ya totalmente desdibujadas, en sus monumentales treinta y nueve volúmenes de historia editados entre 1883 y 1887, las piernas se hicieron definitivamente un par de raras columnas unidas entre sí, inexplicables pero no mucho más que todo el mundo prehispánico que para ese momento comenzaba a ser entendido científicamente.

Otro exotismo más, eso era todo y no pasaba de una mera curiosidad, una manipulación gráfica, hasta que en medio de ese proceso en 1873 se hizo público el concurso para erigir un gran Monumento a Cuauhtémoc, héroe de la resistencia indígena contra los españoles, en una de las glorietas (plazas circulares) del Paseo de la Reforma. Era parte de la recuperación de la imagen simbólica del héroe entronizado en el bronce, parte de la vertiente nacionalista del gobierno de Porfirio Díaz a finales del siglo XIX. Y el concurso se hizo, se ganó, la obra se erigió y las piernas-columnas pasaron a decorar el enorme basamento y desde allí se difundieron sin que al parecer nadie se acordara que eran las piernas invertidas de una escultura desmembrada.



1. Tres vistas publicadas entre 1880-1883 de las piernas de un atlante de Tula.

El concurso para erigir el monumento nació a partir de un primer busto en piedra muy pequeño pero de gran pedestal, que se le había erigido a Cuauhtémoc en el Paseo de la Viga en 1869 y del que pocos se acuerdan. Tan poco que quedó a un lado de la Catedral desde 1922 sin saberse siquiera su autor y hace años nos fue difícil encontrarlo y publicarlo. Vicente Riva Palacio como Secretario de Fomento planteó oficialmente el tema en 1877: era necesario hacerle al héroe un recordatorio digno de los nuevos tiempos y del nuevo modelo de sociedad que se vislumbraba.

El 23 de agosto de dicho año falló el jurado que estaba compuesto por J. S. Bagally, Manuel Gargollo y Parra, Ramón Rodríguez Arrangoyti y Emilio Dondé, decidiendo que se colocaría el monumento en la segunda glorieta del Paseo y que “en el remate irá la estatua en bronce del inmortal Cuauhtemozín”. Se presentaron cinco proyectos y el 15 de abril de 1878 se decidió que el titulado Verdad, Belleza y Utilidad era el vencedor; el 5 de mayo siguiente se puso la primera piedra del basamento y los contratos de la estatua y los relieves se hicieron en 1882.

El autor del proyecto era Francisco Jiménez, la escultura sería hecha por Miguel Noreña (1843-1894) y fundida por Jesús F. Contreras (1866-1902) que era profesor de la Academia. Jiménez murió a los dos años de iniciadas las obras y fue reemplazado por otro ingeniero, Ramón Aegea. Los leones sedentés y coronados con un tocado casi egipcio fueron obra del escultor Epitacio Calvo y los relieves del pedestal son de Luis Paredes. Eran los años en que las piernas de Tula se quedaban sin pies.

El basamento tiene una forma peculiar ya que la base debía adaptarse a la glorieta, pasando con naturalidad del círculo al cuadrado, para ello se hizo un escalonamiento que se reduce a un octógono y luego a un paralelepípedo. Allí y por su altura era necesario como en toda composición académica colocar columnas en cada esquina.

Y como se habían tomado ya diversos elementos del pasado precolumbino, como tableros y relieves de Mitla, se optó por las piernas de Tula al revés. Esto no sería tan grave sino que como la mirada del espectador no es sólo frontal, si no que uno puede darle la vuelta, hubo que optar entre dos opciones: o colocar una sola en cada ángulo —lo que en este caso no servía porque eran dobles, o al ser pareadas había que repetir las hacia ambos lados de tal forma que cada esquina tiene tres piernas, viéndose sólo dos desde cada lado. Le había pasado a los Sumerios con sus grandes toros alados en la entrada a sus ciudades, al ponerle cinco piernas para verlos de frente y de lado siempre en la cantidad correcta, aunque desde el ángulo quedarán deformes. Pero la estética tiene en cada época sus leyes indiscutibles, o las tenía y el pobre atlante tolteca quedó de tres piernas invertidas.



2. *Las piernas convertidas en columnas con diferentes variantes entre la década de 1870 y 1880.*

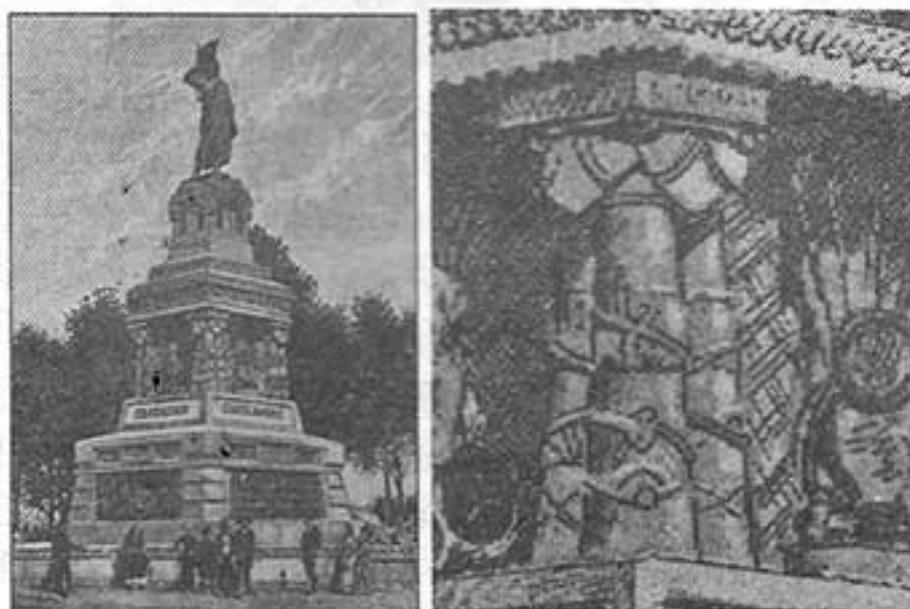
A los críticos y estudiosos de la época el tema no se les pasó por alto porque ya había sido publicada la talla original varias veces y Vicente Reyes, autor de un largo y aséptico estudio escribió “Cuatro haces de tres columnas cada uno, que se levantan en los ángulos del plinto sirven de apeo o sostén al cornisamiento”, quitándole así todo detalle. En cambio el propio Jiménez, con toda sencillez, había dicho que “para esas columnas he tomado las hermosísimas que existen en la plaza de Tula, conservándoles todos sus detalles y jeroglíficos”, porque tal parece que nunca las había ido a ver en persona.

Esas piernas estaban allí, como dijimos. La comisión enviada por la Sociedad de Geografía y Estadística en 1873 para excavar en las ruinas de Tula escribió que:

“Esas columnas pareadas y construidas en monolitos de basalto, en cuyos fustes se tallaron cuadro nudos o tlalpilli que representan cada uno el período de trece años, demuestran en el conjunto de estos bien el siglo tolteca simplemente, o se quiso tal vez determinar en un monumento indestructible la terminante cláusula de la ley de sucesión”.

Leerlo hoy muestra que si bien entendieron que eran piernas y no columnas, los altos niveles de imaginación a que se llegó en la arqueología de aquella época eran insólitos y se abrían a la creación de formas sin límites. Creo que nunca se dijo tanto acerca de un simple par de piernas y quizás allí sea el momento exacto en que estas se dieron vuelta y nació esta pequeña historia. Por suerte Reyes se dio cuenta de que algo raro había y aclaró que:

“Monolitos de la misma clase, mejor conservados, posteriormente descubiertos entre las mismas ruinas y que actualmente se ostentan en el gran salón de antigüedades del Museo Nacional, han evidentemente autorizado al arqueólogo señor Alfredo Chavero para decir que esas piedras representan las piernas o la parte inferior de una cariátide tolteca”.



3. El monumento a Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma y el detalle de las columnas de los ángulos puestas de a tres por grupo, en un grabado de época.

Por eso quizás Reyes se vio en la necesidad de explicar bien el tema para dejar en buena posición del ingeniero fallecido:

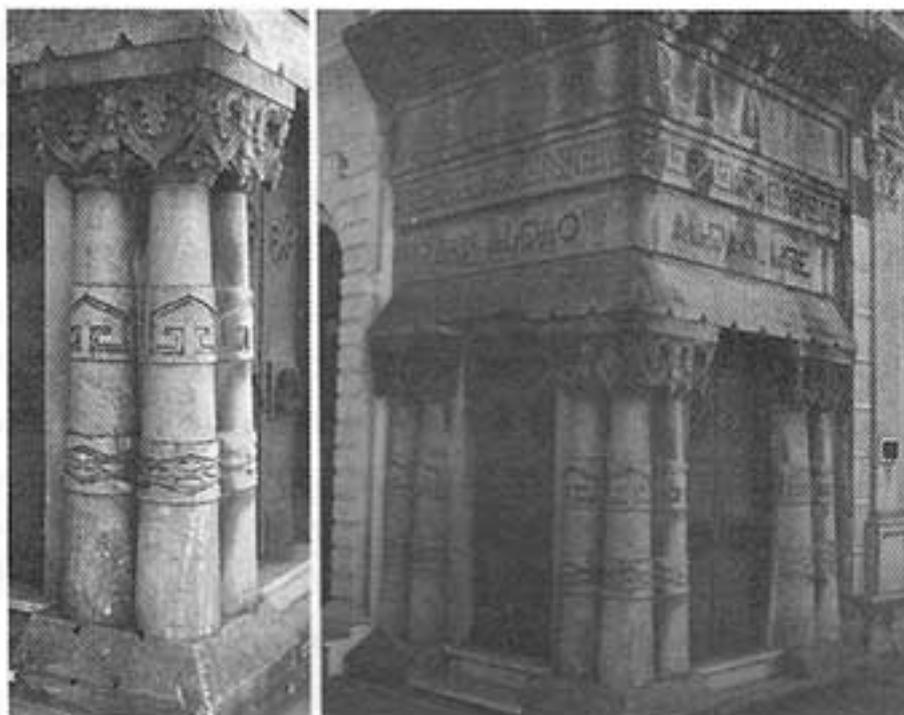
“Menos arqueólogo que artista el ingeniero Jiménez, sólo vio en el monolito de Tula un hermoso modelo a imitar para los miembros exentos o columnas que entran en una composición arquitectónica. La corta relación que existe entre la longitud y el diámetro de las masas cilíndricas, propia de los sostenes aislados de las primeras construcciones, los anillos que dividen el fuste dándole el aspecto de una columna fajada, la ausencia de la base, los paños cubren que cubren la parte superior como velando el capitel que desconocieron en sus columnas los constructores mexicas, todo convidaba a tomar los monolitos de Tula como modelos de columnas en una composición que tenía como por objeto crear un Renacimiento de las formas dominantes de la arquitectura nahoa”.

Notable la defensa del amigo porque los anillos eran simples correas de huarache y los paños que velan el capitel no son más que la parte delantera de la falda. Es cierto que la creación artística no camina por los mismos andariveles que la arqueología, pero parecería que exageraron un poco.

Así de simple ha sido la historia: un hallazgo arqueológico se trasmutó en un elemento arquitectónico, pasó a ser ornamento y se difundió por el continente, no importando lo que se dijera en sentido opuesto. Supongo que nunca nadie se imaginó que esas piernas de atlante tolteca tendrían tanta repercusión: eran detalles sin importancia en el universo de lo exótico y del revival nacionalista. Y creo que cuando el arqueólogo Jorge Acosta excavó Tula en la década de 1940 y colocó las esculturas dispersas de los atlantes encima de la pirámide, ya nadie se acordaba de esta historia. Y menos aun alguien la supo en la Argentina donde, insólitamente sirvieron de modelo a una tumba en la Recoleta. Una peripecia más de este insólito renacer del arte y la arquitectura prehispánica en el siglo XIX, que llegó al XX, y que fuera parte de las búsquedas en la memoria para construir la nueva identidad mexicana durante el gobierno de Porfirio Díaz. Y una expresión más de la búsqueda tardía en nuestro país de una arquitectura que nos represente, aunque fuese "americana" y no local, al menos algo que no estuviese totalmente inspirado en la ornamentación europea.



4. *Las verdaderas piernas de uno de los grandes atlantes de Tula.*



5. La tumba de las familias Aldao-Ure en la Recoleta, Buenos Aires, reproduciendo las piernas de los atlantes del monumento a Cuauhtémoc

Bibliografía

- Bancroft, Hubert Howe, *History of Mexico*, Bancroft Ediciones, San Francisco, 1883-87.
- Chavero, Alfredo, *México a través de los siglos*, vol. I, reedición Editorial Cumbre, 1981 (facsimilar)
- Edición Oficial, *Memorandum acerca de la historia de la solemne inauguración del monumento erigido en honor de Cuauhtémoc en la calzada de la Reforma de la ciudad de México*, Imprenta de J. F. Jens, México, 1887.
- Eguiarte Sakar, María, *Consideraciones para un análisis de la presencia prehispánica en la cultura del Porfiriato*, Cuadernos de arquitectura mesoamericana no. 9, pp. 11-16, México 1987.
- Fernández, Justino, Noreña, Guerra y Jiménez, *El arte del siglo XIX en México*, UNAM, México, 1953
- Parra, Porfirio, *La estatua a Cuauhtémoc*, *El álbum de la juventud*, 21 de agosto 1894, México
- Schávelzon, Daniel (compilador), *La polémica del arte nacional en México 1850-1910*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988
- Schávelzon, Daniel, *El concurso del monumento a Cuauhtémoc (1876-1882)*, *La polémica del arte nacional en México 1850-1910*, pp. 127-131, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Sosa, Francisco, *Apuntamientos para la historia del monumento a Cuauhtémoc*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1887.